

El esqueleto

de Judy



Alfredo T. Ortega
Ilustraciones de Roberto Pulido

El esqueleto **de Judy**

**AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR**

Alfredo T. Ortega
Ilustraciones de Roberto Pulido

El esqueleto de Judy



Universidad
de Guadalajara





Izcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Primera edición electrónica, 2015

Texto

© Alfredo T. Ortega Ojeda

Ilustraciones

© Roberto Pulido González

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 189 4

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Presentación

Letras para Volar es un programa universitario de fomento a la lectura que inició en 2010 con el fin de contribuir a desarrollar la competencia lectora en todos los grados escolares; principalmente, con el propósito de hacer frente a los insuficientes niveles de lecto-escritura con que parte de los jóvenes ingresan a la universidad; y, en los demás casos, mejorar los estándares de aprovechamiento académico.

Letras para Volar trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas-hogar, hospitales civiles y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad a través de estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

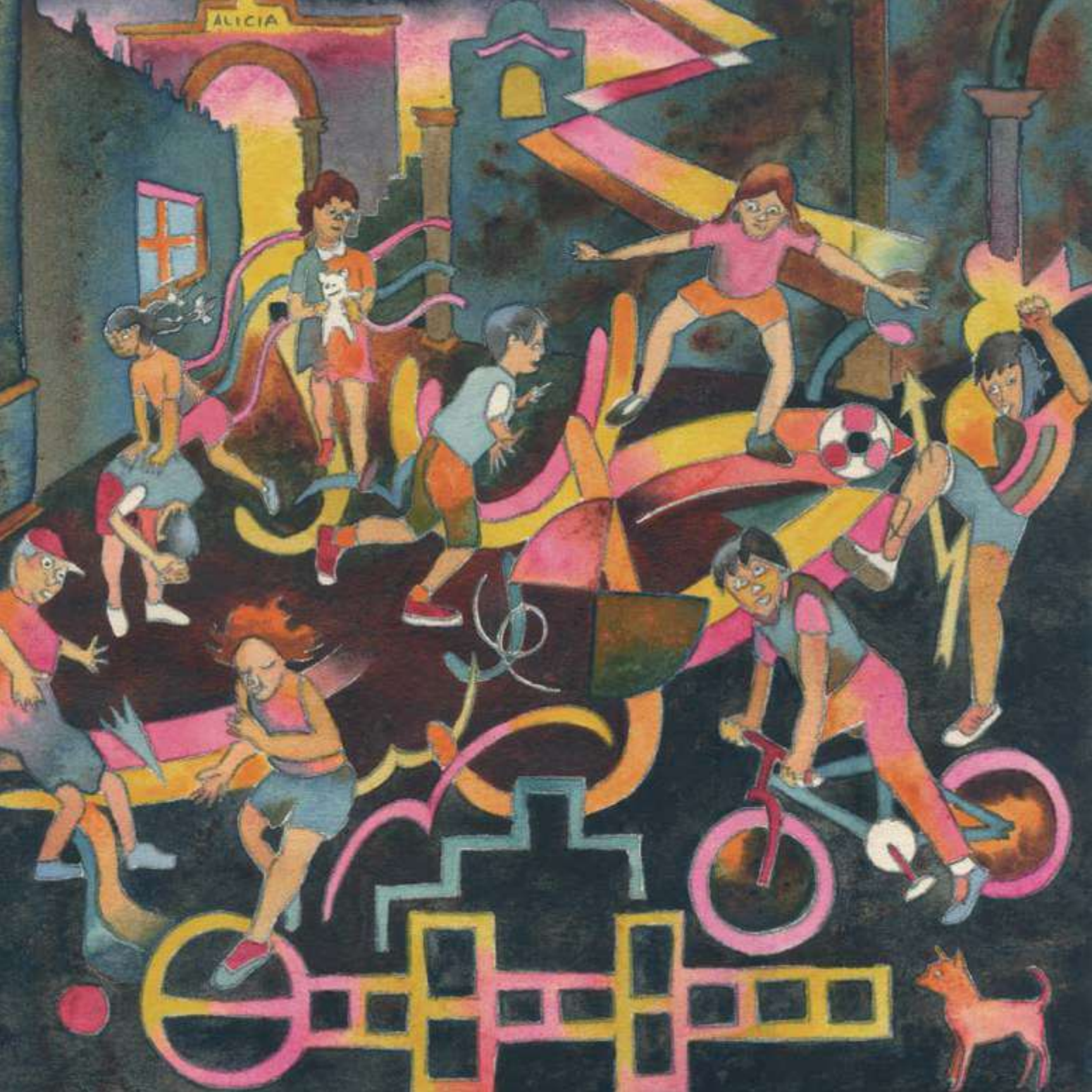
La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado de la generosidad de diversos autores e ilustradores. Va a ellos nuestro agradecimiento por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y juventud mexicanas.

¡Que ningún niño se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General de la Universidad de Guadalajara



ALICIA



El edificio

Recordarán que el edificio donde vivía Pau era grande y feo, o feo y grande, según se le prefiera. Con su largo callejón a cielo abierto y sus tres patios. El primer patio era el jardín de rosas de la señora, la dueña del edificio, el segundo con pasillos de tierra y muchas jardineras, y en los departamentos que lo rodeaban vivían solamente dos niños, Chavo y Pau. El tercer patio, con piso de cemento, gris y oscuro, era donde vivían los demás niños, la pelusa, les decía la mamá de Pau, como los hijos de Juanita la portera; allí se reunían todos cada tarde después de hacer los deberes, y jugaban a la pelota, al avión, a los encantados y muchos otros juegos.

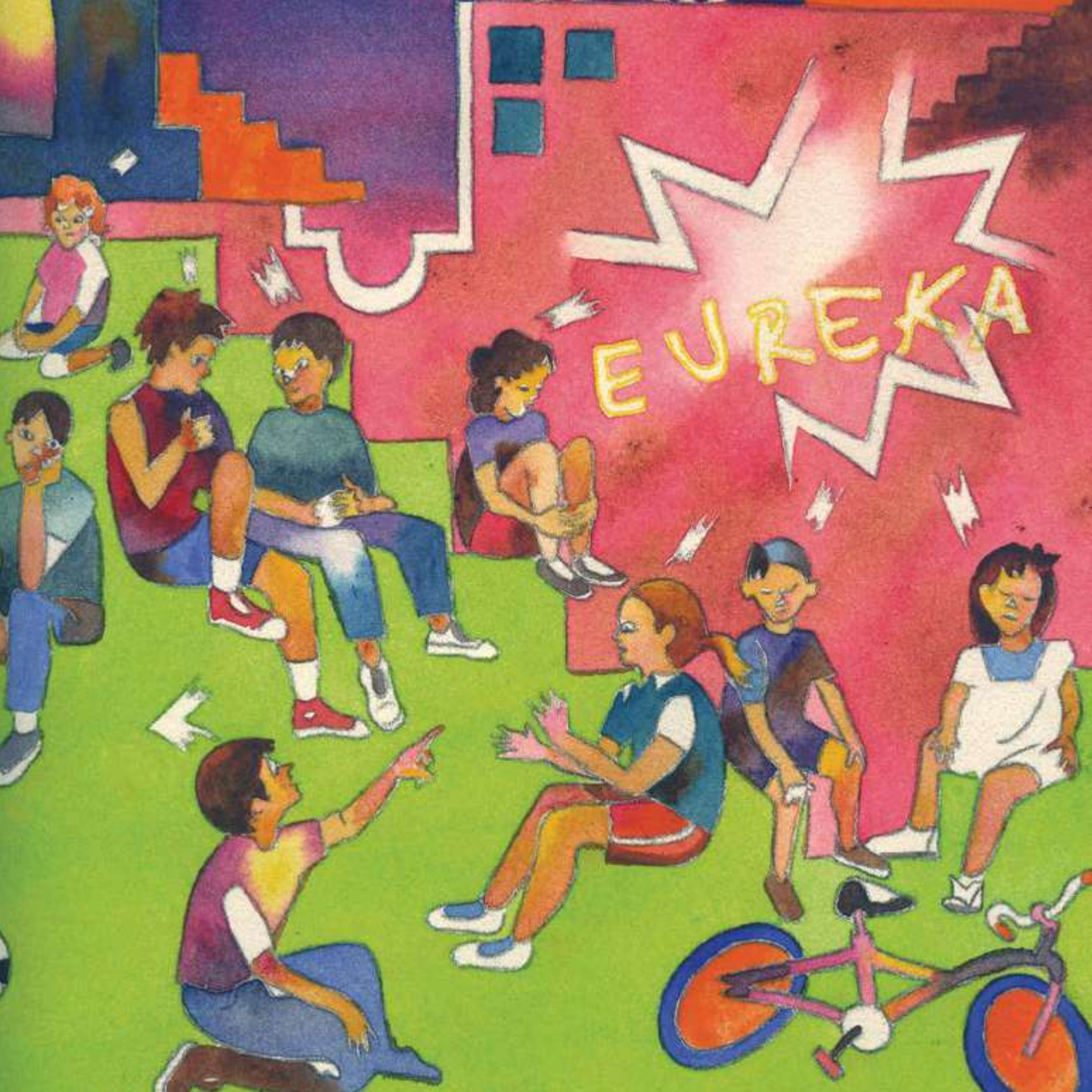
Pero el edificio, además de grande y feo, era un poco extraño, sobre todo porque tenía nombre, se llamaba Alicia. Uno podría entender que una niña se llamara Alicia, o una muchacha, incluso una señora, pero ¿un edificio?, eso sí es lo más extraño del mundo. Una tarde, la Señora le contó a Pau que así se llamaba su hija, la niña grande con cuerpo de señora, que cantaba siempre la misma canción y que preguntaba a cada rato si los guajolotes te pican. A Alicia, su mamá de cariño le de-

cía Licha. Por eso le puso su nombre al edificio cuando lo construyeron, aunque no por eso deja de ser extraño que un edificio se llame Alicia.

Un día una familia se mudó del tercer patio, de un departamento en el segundo piso, junto al del señor Pachis. Vinieron unos hombres, sacaron los muebles y los subieron a un camión, luego la familia salió llevando unas maletas y abordaron un taxi. Una semana después llegaron nuevos vecinos, un señor algo gordito, que cargaba siempre un enorme portafolios de madera, y vivía solo con su hija, una niña rolliza, de ojos verdes y mejillas pecosas, que se llamaba Zitelina. Aunque era algo callada, Zitelina se unió pronto con los otros niños del tercer patio, y cada tarde se sumaba a sus juegos.

Don Cuco, que así se llamaba el papá de Zitelina, vendía chochitos de azúcar en pequeños frascos, a los que agregaba unas sustancias con sabor a alcohol y con nombres científicos de plantas, animales y minerales. Las etiquetas de cada frasco tenían un letrero que decía “Medicamento”, y abajo del letrero don Cuco anotaba el nombre de la sustancia. Eran unas medicinas muy sabrosas, y a los niños en particular les encantaban, preferibles a las píldoras, pastillas y, peor aún, las inyecciones que la mayoría de los médicos les recetaban. Don Cuco tenía un enorme libro rojo que consultaba cada noche mientras preparaba los frasquitos que iba a vender al día siguiente.

Cada mañana, después de revisar que Zitelina estuviera bien peinada, con las rodillas limpias y que el uniforme no estuviera arrugado, le daba el desayuno, le hacía un lonche y salía con ella de la mano; y en la otra mano llevaba su enorme portafolios de madera con los frascos de chochitos para vender. La dejaba en la puerta de la escuela, le daba la bendición y se iba a visitar a los médicos, farmacéuticos, enfermeras y otros clientes que compraban sus medicinas. Al mediodía, Zitelina volvía de la escuela, se cambiaba el uniforme y ponía la mesa. Don Cuco llegaba con comida de una fonda cercana y la recalentaba en el horno de microondas, comían en silencio viendo las noticias de la televisión. Por las tardes, don Cuco volvía a salir a vender sus chochitos; Zitelina lavaba los trastes y hacía la tarea, más tarde salía a jugar con sus amiguitos. En la noche, don Cuco llegaba con una bolsa de pan recién horneado y merendaban chocolate caliente, veían un rato la televisión, luego Zitelina pedía la bendición y se iba a su habitación; rezaba siempre antes de dormir. Don Cuco apagaba el televisor, sacaba su gran libro rojo y se ponía a preparar los medicamentos para vender al día siguiente, era hombre de pocas palabras.



El Club del Tinaco

Una tarde estaban los niños sentados en el patio, con cara de aburrimiento. La pelota abandonada en un rincón, la bicicleta arrumbada en el otro, las canicas en los bolsillos; no tenían ganas de hacer nada y a nadie se le ocurría algo interesante a qué jugar. Se miraban las caras y sostenían la mejilla en la mano con gesto de fastidio, esperando un milagro que viniera a salvarles la tarde, pero el milagro no llegaba, y algunos ya estaban pensando mejor meterse a sus casas y ponerse a ver caricaturas en la televisión, tan grave estaba la cosa. De pronto, Pepito exclamó:

—¡Ya sé!, vamos a hacer un club —al unísono todos exclamaron:

—¡Sí!, qué buena idea.

Luego, Pau preguntó:

—¿Un club de qué? —se miraron unos a otros y ninguno supo contestar. Entonces volvieron las caras largas y los gestos de fastidio. Pero entonces a Juan Carlos se le ocurrió algo:

—No importa de qué sea el club, lo primero que necesitamos es un lugar secreto. Que sólo nosotros lo sepamos, y una contraseña para en-



trar. Sólo los miembros del club podemos saberla. —Y así quedó resuelto el dilema, comenzaron a pensar cuál podría ser el rincón secreto para instalar el club. Repasaron cada uno de los rincones del enorme edificio, y a cada propuesta aparecía alguien que le encontraba un pero. Que si el cuarto de las bombas, que demasiado ruidoso; que el cuarto de Juanita la portera, que allí ya no cabían más niños, que el cubo de la escalera, que pasaba mucha gente; que el departamento de Pau, que sus papás no dejaban entrar a “la pelusa”; que abajo del tinaco propuso la pequeña Aldara, que ¡estás loca!, que ¿cómo se te ocurre? Y de pronto Juan Carlos dijo:

—Y ¿por qué no? Si lo tapamos con unas cobijas, nadie nos va a ver. —Y Pau añadió de inmediato:

—Podemos poner unos cojines en el suelo para sentarnos, yo puedo traer uno de mi casa sin que se enteren mis papás.

Alguien más dijo:

—Mi mamá tiene un tapete viejo que ya no usa. —Y otro:

—En casa hay un banquito, pero le falta una pata.

Y así fueron surgiendo propuestas para acondicionar el club. Hasta que Pepito propuso:

—Pues vamos a la azotea para verlo. —Y al instante todos salieron corriendo escaleras arriba. El mejor tinaco estaba al fondo de la azotea,

más allá de los tanques de gas y de los gallineros donde las señoras tenían la ropa para asolearla. Resultó ser el sitio ideal, abajo del tinaco habían todos sentados, y tapándolo con una cobija quedarían a salvo de miradas indiscretas y del alcance de las mamás. Una vez acordado, se pusieron todos en acción. Los hijos de Juanita trajeron escobas y cubetas para limpiar el piso, alguien consiguió una colcha con encajes para tapar la entrada, otro trajo el tapete viejo, llegaron cojines, almohadas, un banquito cojo y una mesita de servicio. Trajeron cinta adhesiva para fijar la colcha, porque a tiempo alguien se acordó que no se podía clavar en el tinaco.

Pasaron la mayor parte de la tarde acondicionando el hueco que había debajo del tinaco para convertirlo en la sede del club. Comenzaba ya a atardecer cuando por fin se sentaron todos en rueda. Y entonces empezaron a deliberar sobre los asuntos más importantes de la flamante organización. Lo primero, naturalmente, era ponerle un nombre al club. Y comenzaron a llover las propuestas: el club de los niños, demasiado obvio, el club de los gangsters, demasiado rudo; el club de las flores, era cosa de niñas; el club de los tondercats, una caricatura de la televisión; el club de las Chivas, un equipo de fútbol; el club de los dinosaurios, propuso Fito.

—El Club del Tinaco —propuso la pequeña Aldara.

—¡Ay, qué tontería! —respondieron todos en coro.

Y así siguieron discutiendo y deliberando por un rato tan largo que ya comenzaba a oscurecer, y a lo lejos empezaban a oírse los gritos de algunas mamás llamando a los más pequeños. Entonces, más por cansancio y por prisa que por otra cosa, llegaron a un acuerdo final.

—Pues que se llame el Club del Tinaco —dijo Pau, y todos estuvieron de acuerdo. Así quedó bautizado el nuevo club, y un instante después todos salieron corriendo para sus casas, a fin de evitar un regaño o un castigo.

A la tarde siguiente tuvo lugar la primera sesión del Club del Tinaco. Pasaron lista de asistencia: Juan Carlos, Pepito, Fito, Mito, Frida, Aldara, Beto, Zitelina y Pau. El primer asunto a tratar fue elegir un presidente, por supuesto que el elegido, por ser el mayor, pero también porque él mismo se propuso, fue Juan Carlos. Su primera decisión como líder fue nombrar a Pau secretaria del club, para que anotara todos los asuntos. Pau fue corriendo a su casa por una libreta y un lápiz. Luego se eligió a un tesorero, que fue Beto, y se puso una cuota de cincuenta centavos a la semana por socio; los más pequeños protestaron, aquello era la mitad de su domingo, pero el presidente no escuchó sus ruegos. El siguiente punto fue establecer una contraseña para ingresar al club, tenía que ser secreta y sólo los socios la podían conocer, si alguno de ellos la olvidaba no podría entrar en la próxima se-

sión. “Eureka” fue la contraseña que al final tuvo más votos a favor, y quedó como la oficial, aunque ni el que la propuso sabía qué quería decir y los más pequeños la pasaban difícil para aprenderla.

Luego pasaron a discutir distintos asuntos, como traer galletas, refrescos y caramelos; alguien recomendó una vela, pero era peligroso y quedó descartada, así que mejor optaron por una lámpara de pilas, se sugirió hacer un escudo, una playera, una calcomanía, Pepito propuso de mascota a su perrita. Y así se fue el resto de la tarde en desahogar los muchos y muy importantes pendientes del Club del Tinaco. Al final de la jornada, en el último renglón de la primera hoja de la libreta oficial del club, Pau anotó que al día siguiente Zitelina, la niña nueva en el edificio, iba a ir en una excursión de su colegio al museo.



El esqueleto de Judy

Por supuesto que nadie en el Club del Tinaco sabía qué era un museo, incluso puede ser que nadie en el edificio. Menos que nadie sabía Zitelina, quien esa noche le comentó a su papá a dónde la iban a llevar del colegio al día siguiente. Don Cuco se quedó pensando, hizo una mueca como de mirar el techo y exclamó: “Está bien”, recordemos que era hombre de pocas palabras. Esa noche, mientras se dormía, Zitelina trataba de imaginar qué clase de lugar sería ese.

La primera sorpresa, después que del colegio los subieron a un autobús y los dejaron en la acera de enfrente, fue que el dichoso museo estaba a media cuadra del edificio donde vivía Zitelina, al cruzar la esquina, justo frente a la Alameda y su quiosco. Y es que Zitelina pasaba por allí todos los días, cuando su papá la llevaba a la escuela, y nunca había reparado en aquel enorme edificio que estaba pegado a la gasolinera de la esquina, y que con aquella gran escalinata y la fachada con altas columnas de piedra gris parecía una iglesia. Pero no tenía torres de campanario, y en lo alto no había una cruz o un santo, sino un enorme

reloj, y un letrero que con letras doradas decía “Museo de Ciencias”. Los niños, formados en parejas, subieron la gran escalinata e ingresaron al vestíbulo, donde una amable guía los recibió bajo las dos enormes escaleras que subían dando vuelta a cada lado, luego se juntaban al centro y se volvían a separar con rumbo a la planta superior. Al fondo estaba la gran puerta de entrada, junto al mostrador donde la maestra estaba pagando los boletos.

Esa noche, Zitelina le contaba emocionada a su papá todas las maravillas que encontraron ella y sus compañeritos en el museo. Para empezar todo era viejo en aquel edificio, los pisos de mosaicos antiguos o de madera, los grandes ventanales y columnas, las vitrinas con cristales, donde se exhibían toda clase de piedras de colores, conchas y huesos de animales. Porque eso era lo que exhibían en ese museo: piedras de todas formas y colores, piedras en forma de conchas y otros animales marinos, y esqueletos, grandes, enormes esqueletos. Había esqueletos de caballos y camellos, caparazones de armadillos gigantes, cráneos del tamaño de dos niños. En una sala había terribles esqueletos de dinosaurios, iguales a los que se ven en el cine. A ratos, Zitelina sentía como si estuviera dentro de una película, y le daba miedo que los esqueletos comenzaran a moverse y a devorar a los niños.

El recorrido terminaba en la sala principal, justo al centro del museo, donde rodeado por elegantes vitrinas con piedras y conchas, sostenido con barras de hierro, se encontraba, enorme como una casa, el esqueleto de un elefante. Los niños daban vueltas a su alrededor, entre fascinados y espantados. Tenía un enorme hueso que le salía cerca de la nariz y una larga cola formada por muchos huesitos. Era realmente impresionante. Zitelina juraba que entre sus patas, por debajo de las costillas, podría pasar el autobús de la escuela. Esa noche no paraba de contarle a su papá todas las rarezas que contenía el museo, él sonreía, y de vez en cuando frotaba con cariño la cabeza de su pequeña hija.

Por esos días no hubo gran actividad en el Club del Tinaco, las tareas, algunos exámenes, los deberes domésticos y uno que otro castigo mantuvieron ocupadas las tardes de la mayoría de sus miembros. Sólo hasta el viernes pudieron reunirse otra vez todos los socios. Entre los temas que se trataron en la reunión estuvo la emocionada plática de Zitelina sobre su visita al museo.

Al principio, los otros niños no parecían muy entusiasmados en el tema. Ella inició confesando que nunca se había fijado en aquel enorme edificio de piedra, que parecía un templo. Les habló de sus columnas

gigantes, del reloj al centro, de las escaleras como de película de miedo, de los pisos de iglesia y las vitrinas llenas de piedras de todos los colores y formas imaginables, unas como joyas, otras nunca vistas, todas con nombres muy largos y extraños. Les habló también de las conchas y esqueletos de animales dibujados sobre piedras, a los que los científicos llamaban fósiles, y mientras lo hacía los demás niños se miraban unos a otros y los más pequeños comenzaban a bostezar. Pero cuando llegó a la sala con los esqueletos de caballos, camellos, armadillos, y sobre todo cuando dijo que había un esqueleto completo de un dinosaurio, todos brincaron a un solo tiempo.

—¡Un dinosaurio!, ¿cómo crees? —dijo Juan Carlos leyendo el pensamiento de los demás miembros del club.

—¿Y aquí a media cuadra? —añadió Beto—. Nos estás bromeando, ¿verdad?

Pero Zitelina lo aseguraba convencida, y hasta les describió cómo era; su tamaño gigante, su cráneo de piedra, su boca amenazante llena de dientes, su larga cola.

—¡Un Tiranosaurio Rex! —exclamó emocionado Fito—. ¡Tiene que ser un Tiranosaurio Rex, como los del cine! De milagro no se ha podido escapar.

—Es un esqueleto —le reprochó Juan Carlos, y al ver la cara de Fito, agregó—: está muerto, son puros huesos y alguien los armó, por supuesto.

Pero entonces Zitelina aclaró:

—La guía nos explicó que hace muchos años en México había camellos y armadillos gigantes.

—¡Y se los comieron los Tiranosaurios! —gritó Fito emocionado todavía. Los demás lo miraron enojados. Zitelina cerró su cuento:

—Y en la sala principal tienen el esqueleto de un elefante, es más grande que una casa, y tiene un hueso enorme que le sale de la nariz.

—Pues es el hueso de la trompa —dijo Pepito. Pero Pau lo corrigió:

—La trompa no puede tener hueso, menso. Si no, ¿cómo se puede doblar?

—Puede ser un hueso flexible —alegó alguien más en su defensa.

—¿Cómo crees? —le replicaron. Y entonces se desató una intensa polémica acerca del hueso en la trompa de los elefantes.

—Le llaman mamut —alcanzó a decir Zitelina—, como en aquella película... —pero ya nadie le estaba poniendo atención. Todos se arrebatan la palabra opinando sobre el inesperado misterio, y aunque nadie era dueño de la verdad, todos hablaban como si lo fueran. Finalmente, Pau impuso silencio:

—¡Ya sé! —exclamó—. Si me esperan tantito, puedo ir a preguntarle a mi amigo Chavo, él puede checarlo en internet.

—Buena idea —resolvió el presidente del club, y todos estuvieron de acuerdo. Entonces, Pau se escurrió por un lado de la colcha que servía de pared y puerta del Club, y corrió a buscar a Chavo.

Mientras Pau regresaba con la solución al misterio, Zitelina pudo continuar con su relato interrumpido:

—Y la guía nos contó que también hace muchos años había elefantes viviendo aquí, y que seguramente algunos se paseaban por esta misma colonia. Al escuchar esto, todos se le quedaron mirando como si estuviera loca, pero ella les juraba que aquello era verdad, que su propia maestra lo había confirmado.

De pronto, Beto brincó como impulsado por un resorte:

—¡Sí es cierto!, ¡sí es cierto! —y todos voltearon a verlo como si ahora el loco fuera él. Pero Beto les explicó: —Mi abuelito me contó que hace muchos años, cuando él era niño, hubo una elefanta que se escapó y anduvo corriendo como loca por la calle, aquí en la colonia, y mi abuelito dijo que se llamaba Judy, que aplastó varios carros y mató a unos señores, y hasta arrancó el balcón de una casa. La policía la arrinconó aquí en la gasolinera de la esquina, y tuvieron que matarla a balazos.



—¡Ai stá, ai stá! —replicó Pepito—. Zitelina tiene razón, sí había elefantes en esta colonia. Si no, fíjense en la pared de la gasolinera, allí está dibujada una elefanta.

—Y se llama Judy, así está escrito en la pared —confirmó Juan Carlos—. Es la barda que está junto al museo —añadió pensando en voz alta.

—Pero la guía nos dijo que eso fue hace muchos años... —se defendió tímidamente Zitelina.

—Pues mi abuelito también tiene muchos años, y se acuerda de la elefanta. Me lo ha platicado varias veces —aclaró Beto.

Todos los demás lo apoyaron con firmeza. Zitelina prefirió guardar silencio. Cuando Pau regresó, ya nadie en el club estaba interesado en el hueso de la trompa de los elefantes, así que de nada le valió traer una hoja impresa de la computadora con la incuestionable verdad científica: la trompa del elefante es un músculo muy poderoso, pero no tiene hueso alguno.

Aquella noche Zitelina no lograba dormir. Había rezado y vuelto a rezar, escuchó a su papá preparando los frasquitos para el día siguiente, lo escuchó guardar sus cosas y cerrar el pesado maletín de madera. Pero el sueño no acababa de llegar. Una idea daba vueltas en su cabecita; y no era solamente el enorme esqueleto del museo, sino también aquella pared de la gasolinera vecina. Por fin se pudo dor-

mir, pero a la mañana siguiente, camino del colegio, hizo que su papá se desviara unos pasos y entrara con ella hasta la barda del fondo de la gasolinera, donde efectivamente estaba pintada, dentro de un círculo amarillo, la cabeza de un elefante, y bajo ella un letrero que rezaba: “Judy”. Cuando pasaron frente a la fachada del vecino museo, Zitelina llegó a una conclusión definitiva; el esqueleto que guardaban aquellos muros de piedra solamente podía ser el de la desafortunada elefanta Judy. Y con esta convicción apretó la mano de su papá, cuya única preocupación era no llegar tarde al colegio, y luego vender todos sus medicamentos.

Zitelina no era una niña particularmente sociable, ni tampoco ocupaba los primeros lugares en la escuela, pero eso sí, cuando algo se le metía en la cabeza, no había poder humano que la quitara de ello, y tenía una imaginación que solía desbordarse con frecuencia. Así que se pasó toda la mañana en el colegio dándole vueltas a su descubrimiento: la pobre elefanta Judy, después de haber escapado, seguramente asustada con los automóviles, las luces y la gente, comenzó a hacer destrozos, y según decía el abuelito de Beto, lastimó o mató a algunas personas, perseguida por un ejército de policías que la asustaban aún más. Desesperada, Judy tuvo que haberse refugiado en la gasolinera de la esquina, y al verse rodeada de tanta gente, con los gritos y las lámparas alumbrándola, la po-

brecita enloqueció y sus domadores, afligidos, no tuvieron más opción que sacrificarla allí mismo. En el salón de clases, en mitad de la lección de geometría, se le escapó una lágrima a Zitelina al imaginar la terrible muerte de Judy la elefanta, e incluso la maestra le dio un regaño por no poner atención al pizarrón. Lo demás de la historia caía por su propio peso; los policías y los cirqueros se preguntaban qué hacer con la elefanta ya muerta, pero los científicos del museo vecino, despertados en mitad de la noche por el alboroto y los balazos, vieron una oportunidad de oro para enriquecer su colección científica; los hombres de ciencia sólo pensaban en sus descubrimientos e invenciones, por ello se ofrecieron a hacerse cargo de la pobre Judy, siempre y cuando les permitieran conservar y exhibir el esqueleto. Por eso, la habían puesto en la sala principal, justo al centro del museo donde Zitelina y sus compañeros del colegio la habían descubierto unos días atrás.

Por supuesto que hubo un acuerdo entre los científicos del museo y la policía para ocultar el terrible secreto del esqueleto. De ahí que inventaron la leyenda del mamut, para darles a los niños y a sus papás una explicación más amable y menos comprometedora. La historia de la ciencia está llena de secretos inconfesables.

La siguiente tarde, en la sesión del Club del Tinaco, los niños escucharon asombrados y asustados, en un silencio absoluto, el relato emocio-

nado del esqueleto de Judy. Zitelina estaba muy agitada y hablaba atropelladamente, mientras iba narrando a sus amiguitos los detalles de su descubrimiento. Y el mismo Beto llegó a pensar que Zitelina debía haber presenciado, junto a su abuelo, la tremenda cacería de la elefanta. Todos gritaron asustados cuando Zitelina contó, con todo detalle, cómo los domadores y los policías, con lágrimas en los ojos, tuvieron que empuñar sus armas y disparar contra la enloquecida elefanta. El último acuerdo de aquella sesión, según quedó asentado en la libreta de Pau, fue que los miembros del club organizarían su propia excursión al museo, para conocer el esqueleto.

Aquella noche, durante la merienda de chocolate batido en leche y bolillos con mantequilla cubiertos con azúcar, Zitelina le contó agitada a su papá la increíble historia de Judy la elefanta, y su teoría acerca del esqueleto del museo.

Su papá la escuchó como siempre lo hacía, con mucha atención, y con una sonrisa, acostumbrado como estaba a la desbordada imaginación de su hija. Al final, antes de levantarse de la mesa para lavar los trastes, le dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza y le dijo:

—Ay hija mía. Tú deberías preocuparte más por aprender las tablas de multiplicar que por esas historias de elefantes.

Zitelina le respondió que sí, se lo prometía, le dio el beso de buenas noches y le pidió la bendición. Pero ya en su cama y con la luz apagada, antes de que la venciera el sueño, se sintió muy orgullosa de que sus amiguitos del club la hubieran apoyado en su descubrimiento, y de que ella pudiera guiarlos al museo para conocer el esqueleto de Judy.



El director del museo

En realidad no era extraño que los miembros del Club del Tinaco no conocieran el museo, y las maravillas que allí se encontraban encerradas. De hecho, casi ningún niño del barrio o de la ciudad había visitado en su vida algún museo, y eso que había muchos, menos aún el viejo Museo de Ciencias. La vida de los niños de la ciudad transcurría entre sus escuelas, sus tareas y quehaceres domésticos, las caricaturas, películas, concursos y otros programas de la televisión, los videojuegos y el internet para chatear, ver videos y subir fotos de sus fiestas, paseos y de todo lo que hacían. Los más afortunados tenían teléfono celular con pantalla a colores, y a veces salían a la calle o un parque a patear una pelota o subirse a una bicicleta, si la tenían. No les quedaba mucho tiempo libre, y ni ellos ni sus papás hubieran pensado, de haberlo tenido, en usarlo para visitar un museo, que vendría a ser como una escuela, donde uno tenía que ir a aprender cosas, lo cual no sonaba como lo más divertido del mundo.

Pero Zitelina se tomaba muy en serio sus decisiones, y su descubrimiento de que eran de Judy la elefanta los huesos que el museo exhibía,

verdaderamente le quitaba el sueño. Ella quería que todos los del club acudieran lo más pronto posible a ver y admirar aquel esqueleto tan importante para ella. Pero primero había asuntos que resolver, como había dicho Juan Carlos en la última sesión; primero había que saber los horarios de visita y los días de la semana, para ver cuándo era posible que fueran todos juntos, y además había que ingeniárselas para conseguir el permiso para los más pequeños. Tendrían que inventar que iban a ir a jugar al parque de la Alameda, que como todos sabemos está frente al museo; no podían decir la verdad a los papás, pues resultaba demasiado sospechoso que unos niños normales quisieran ir a un museo, y lo más seguro es que no los dejaran ir a algo tan extraño.

Otro problema importante, les recordó Pau, era el costo de las entradas, habría que saber si eran baratas como para pagarlas con las cuotas del club, o sería necesario organizar algo para reunir el dinero, como vender dulces, hacer una rifa o realizar mandados a las señoras del edificio. Como la habían llevado de su colegio, Zitelina no tenía la menor idea de precios ni de horarios de visita, o tampoco si había una edad mínima para que un niño pudiera entrar sin sus papás, pero se prometió a sí misma averiguarlo.

Esa tarde, después que acabaron de comer, y que don Cuco cepilló sus dientes y peinó sus ya escasos cabellos, tomó su enorme portafolio y

salió a vender sus chochitos medicinales, Zitelina se apresuró a lavar los trastes y alzar la cocina, se puso un suéter, tomó sus llaves y salió como bala rumbo al vecino museo.

Subió corriendo la gran escalinata, pasó bajo los arcos de la entrada y llegó hasta el mostrador de ingreso, justo bajo la doble escalera y la cúpula de cristales de colores. Se acercó para preguntar, pero la señorita que atendía estaba muy ocupada charlando con una compañera suya, tan distraída en el asunto que no volteaba hacia el extremo donde apenas asomaba la cabeza de la niña. Zitelina, en espera de que le hicieran caso, repasaba mentalmente las importantes preguntas que tenía que hacer, tan concentrada en ello que no reparó en un enorme letrero que a sus espaldas decía:

MUSEO DE CIENCIAS

Martes a domingo 10:00-17:00 hrs.

Público general \$20.00

Estudiantes, maestros y ancianos \$15.00

Venta de boletos hasta las 16:30 hrs.

Zitelina permanecía muy atenta a la conversación de las señoritas, esperando que terminaran pronto, así que no vio el letrero que conte-

nía casi toda la información que necesitaba. Mientras tanto, la recepcionista y su compañera continuaban su muy interesante charla:

—Pues él cree que no me di cuenta, pero yo escuché claramente lo que dijo.

—Y ¿qué fue lo que dijo?

—Es que él creía que yo no estaba allí, y yo sí estaba, pero él no me había visto.

—Pero, ¿qué fue lo que dijo?

Zitelina no entendía lo que estaban hablando, y comenzaba a desesperarse de que no le hicieran caso.

—Pues es que ya te platiqué lo que ocurrió el sábado anterior, y de cómo se portó conmigo.

—Pero no me has dicho lo que dijo —insistió la compañera. Pero en ese momento volteó hacia donde estaba Zitelina y se quedó petrificada, apenas atinó a mover una mano para hacerle una discreta y angustiada seña a su amiga, que mientras tanto no dejaba de parlotear:

—Si él piensa que me voy a quedar así nomás, después de todo lo ocurrido, está muy equivocado. —La compañera la miraba como si fuera un fantasma, y su cara de espanto aumentaba mientras con el dedo señalaba hacia donde estaba la niña parada frente al mostrador.



—No voy a permitirlo, ¿sabes? No pienso permitirselo —decía muy convencida la recepcionista. Su compañera, asustada, insistía con el dedo y trataba de decir:

—El di..., di...

—¿Qué cosa? —preguntó la otra, molesta porque su amiga ya no prestaba atención a tan importante asunto.

—El di..., di..., el director —alcanzó a susurrar, indicándole que volteara a sus espaldas. Entonces, la recepcionista volteó hacia la niña y se llevó las manos a la cara con evidente espanto.

Zitelina agradeció que por fin le hicieran caso, pero le pareció exagerado que la señorita se asustara al darse cuenta de que la tenía aguardando sin atenderla. Ella iba a levantar la mano para preguntar lo que había venido a averiguar, cuando una enorme mano se posó suavemente sobre su cabeza, y una voz como de trueno exclamó:

—¿No hay nadie aquí que pueda atender a esta jovencita?

Y al mismo tiempo las dos muchachas exclamaron:

—¡Doctor Schwartz!

Entonces, Zitelina, también asustada, volteó a sus espaldas y se encontró con un señor enorme vestido con una bata blanca, su cabeza casi pelona, una gran barba blanca y una pipa humeante en la boca, que se agachó para preguntarle:

—¿Qué se te ofrece, pequeña?

El doctor Schwartz era el director del museo, un hombre alto y robusto, algo entrado en años, su piel blanca, requemada por el sol, y sus ojos claros, además del apellido, delataban su origen extranjero. Sin embargo, su voz, de timbre fuerte, pronunciaba bastante bien las palabras en castellano del país, si bien conservaba en el fondo un acento raro.

Cuando se agachó un poco, tanto como se lo permitía su vientre, para acercar su rostro al de la pequeña Zitelina, ella lo veía enorme como una montaña.

—¿Qué te trae por acá? —preguntó, y una bocanada de humo aromático escapó entre su bigote, su barba y la pipa curva que sostenía entre los dientes.

Cuando las muchachas de la recepción se recobraron del susto, se apresuraron a interrogar a la niña:

—¿Qué se te ofrece, chamaca?

—¿Qué podemos hacer por ti?

—Vamos, apresúrate a responder.

—No tenemos tiempo que perder, somos personas muy ocupadas.

Zitelina, que estaba de frente al director, volteó la cabeza al escucharlas. Pero bastó que el doctor Schwartz, agachado como estaba, levantara un poco la ceja, y dirigiera una severa mirada a las jóvenes empleadas,

para que éstas guardaran silencio y mejor se voltearan para ponerse a contar el block de boletos y los programas de mano. Satisfecho, el director volvió a su iniciado interrogatorio:

—No te apures pequeña, no hagas caso. Y cuéntame qué te trajo aquí al museo. ¿Viniste tú sola?

—Sí, señor —respondió apresurada Zitelina—. Me vine después de lavar los trastos. Mis amiguitos y yo queremos ver el esqueleto de la elefanta, y por eso quería preguntar los horarios, y cuánto cuesta venir.

—Y ¿quiénes son tus amiguitos? —preguntó el director.

—Los del Club del Tinaco —contestó Zitelina—: Juan Carlos, Pau, Pepito, Beto, Frida, Aldara... —El doctor Schwartz le hizo una seña de que parara.

—Y ¿por qué quieren venir a ver el esqueleto del mamut?

—Es que yo vine con la escuela y les platiqué. Y luego Beto nos contó la historia de Judy que le dijo su abuelito.

El director no entendió esto último, pero le simpatizaba aquella pequeña, que era capaz de despertar el interés de sus amigos por conocer un museo científico.

—Ven conmigo —exclamó. Y tomándola de la mano la condujo al interior del museo, ante la asombrada mirada de las recepcionistas.

El doctor Schwartz llevó a Zitelina por los pasillos hasta una sala donde había muchas vitrinas que contenían piedras de distintas formas y colores,



acomodadas en orden y con nombres difíciles de pronunciar. En otras vitrinas había extraños aparatos, de los que ella no hubiera podido adivinar para qué podían servir. Mientras atravesaban la gran sala, cuyo piso de madera crujía bajo las firmes pisadas del director, él le iba platicando a la niña sobre las distintas clases y tipos de piedras, minerales, metales y meteoritos que componían aquella colección, mencionándolas como si fueran sus familiares, o al menos amigas cercanas.

Aunque Zitelina no entendía lo que le iba platicando el director, se sentía muy complacida con aquel paseo. Llegaron hasta el fondo de la sala, donde parecía estarlos esperando un señor con cara de maestro de escuela. Entonces, el doctor Schwartz llevó a Zitelina hasta una vitrina donde había una gran lupa encima de un pedazo de piedra, y le dijo:

—Este es un pedazo de meteorito, Moldavita, que cayó del cielo, y es 600 millones de años más antiguo que nuestro planeta. Es la pieza más valiosa del museo, y no los huesos como piensan todos. Espérame un momento mientras platico con este profesor que viene de Guadalajara, donde están haciendo un museo nuevo. Algo quiere decirme al respecto.

Zitelina asintió y mientras el director se acercaba a hablar con el otro señor, ella se quedó mirando la extraña y antigua piedra, y se ponía de puntitas para alcanzar a ver por encima de la lupa. A simple vista no parecía algo extraordinario aquel pedazo de piedra de color verde. Pero

que el director hubiese dicho que era más vieja que el planeta Tierra, le causó una gran impresión. Zitelina no podía imaginar qué significaba un millón de años, menos aún los 600 millones que comentó el doctor Schwartz. Ella tenía siempre problemas con las sumas y las restas, por no decir las multiplicaciones, así que la palabra millones le despertaba un profundo respeto, había algo misterioso en aquello, algo que resultaba inquietante para un pequeño espíritu como el suyo. De manera que allí permaneció Zitelina, mirando aquella piedra mágica, todo el tiempo que el doctor Schwartz tardó platicando con el señor de Guadalajara.

Después de un largo rato, el doctor Schwartz terminó su conversación y despidió a su visitante con un apretón de manos. Entonces vino hasta Zitelina y le dio una palmadita en la cabeza:

—Vamos a ver, pequeña. De manera que tú y tus amigos están interesados en el esqueleto del mamut, ¿es así? —Y al tiempo que le preguntaba la fue conduciendo hasta la sala principal, donde se hallaba el gigantesco esqueleto.

—Pero es una elefanta —repitió Zitelina convencida.

—Bueno —respondió el profesor—. Les llamamos mamuts y otros nombres, pero al final todos son paquidermos.— Y al ver la cara de desconcierto de la niña, se apresuró a aclarar: —Bueno, elefantes como los conocen todos.

—¿Y qué hicieron con la piel y las tripas de Judy? —preguntó la niña.

—¿Quién es Judy? —preguntó a su vez el profesor.

—¡Pues la elefanta! —le aclaró Zitelina, cruzando los brazos con gesto contrariado.

—¡Ah, perdón! —se disculpó el director. Y luego se quedó pensando en su pregunta, y la respondió:— En realidad a nosotros nos trajeron los puros huesos. Y ya hacía algunos miles de años que no tenían ni carne ni piel. Pero, ¿cuándo piensan venir tus compañeritos? Por cierto, ¿cómo dices que se llama su club?

—El Club del Tinaco.

—Es el nombre más extraño que he escuchado para un club —exclamó admirado el director, mientras conducía a la niña hacia la puerta de salida—. Pero dime qué día vendrán y yo los dejo entrar gratis.

—Pues yo creo que el sábado es más fácil —se apresuró a contestar Zitelina— ¿y también pueden entrar sin pagar los chiquitos? —El director soltó una carcajada al escucharla:

—Particularmente los pequeños, gratis todos. —Y al llegar de nuevo al mostrador, se dirigió a las jóvenes empleadas, que lo miraban con cara de susto—: El sábado vendrá esta pequeña acompañada de unos amiguitos, y los vamos a dejar pasar sin pago, incluso a los más pequeños.

—Las dos muchachas asintieron sin despegar los labios, y justo enfrente de ellas el doctor Schwartz se agachó hacia la niña:

—Dime pequeña, ¿cómo te llamas?

—Zitelina.

—Bueno, Zitelina, te espero el próximo sábado. Cuando llegues le preguntas a estas amables señoritas por mí. —Y al decirlo levantó la ceja en dirección a las recepcionistas, que sin poder hablar, afirmaban apresuradas agitando la cabeza.

Al pie de la gran escalera se despidió el doctor Schwartz, y Zitelina, emocionada, se encaminó hacia la salida. Cuando pisaba los primeros escalones, el director se volvió de pronto para preguntarle:

—Dime, Zitelina, ¿alguien te ha hablado alguna vez del Bosque Mesófilo de Montaña? —la niña se apresuró a negar con la cabeza—. Bien, bien. Si vienen temprano este sábado les puedo dar una charla al respecto.— Y alzando la mano se dio vuelta y subió.

Zitelina se le quedó viendo y agitaba su pequeña mano. Luego salió corriendo emocionada por las buenas noticias que tenía para los miembros del Club del Tinaco.



Justicia para Judy

En honor a la verdad, que siempre merece nuestro respeto, habría que decir que Judy la elefanta en realidad no murió en la gasolinera de la esquina del parque, a un costado del museo, como creían Zitelina y los del club. Según cuentan los periódicos de la época, Judy había llegado en tren a la ciudad, y venía acompañada de otras cuatro elefantas jóvenes. Judy tenía treinta años y era un regalo del circo que le vendió al zoológico de la ciudad las otras elefantas. Llegaron a la estación de tren a las diez, y antes de la media noche Judy se soltó y logró escapar de sus domadores. Asustada y nerviosa, salió de la estación y comenzó a correr por las calles.

Se encontró con una patrulla y los policías se espantaron al ver un elefante que corría furioso como en las películas de Tarzán. Más adelante mató a un señor que valientemente trató de calmarla. En algún momento entró en la gasolinera junto al museo e hizo destrozos, por eso el dueño mandó pintar su imagen y su nombre en la pared, donde Zitelina lo vio unos días antes. Pero aquella noche fatal Judy siguió su carrera



loca, asustando a todos los que la veían pasar, hasta que los domadores consiguieron atarla a un grueso árbol con fuertes cadenas.

Allí hubiera terminado tan extraña aventura, pero Judy seguía nerviosa por la cantidad de policías y curiosos que la rodeaban y hacían gran ruido. De manera que en cuanto los domadores la soltaron, volvió a escapar enloquecida. En otro momento estuvieron a punto de amarrarla, pero un fotógrafo impertinente, que nunca falta uno, disparó su flash y la asustó aún más. Judy siguió su carrera sin destino hasta entrar en un callejón sin salida, y se puso tan furiosa que se volvió una amenaza para la multitud que la venía siguiendo. Al comprender la peligrosa situación, uno de sus domadores, con gran dolor de su corazón, sacó su pistola y le disparó siete tiros. Herida como estaba, Judy se abalanzó contra la gente, pero un policía la remató con otros siete disparos. Amanecía ya cuando la pobre Judy finalmente dejó de existir.

Los miembros del Club del Tinaco no podían saber todo esto, porque sólo conocían la versión del abuelito de Beto y lo que otros vecinos comentaron aquella lejana noche, más lo que Beto lograba recordar de las charlas con su abuelo y lo que la imaginación de Zitelina, que no era poca, terminó por añadirle. De manera que en la siguiente sesión del club, según quedó asentado en la libreta de Pau, después que acordaron mandar hacer credenciales para los miembros, cuando Zitelina les in-

formó muy ufana de su aventura en el museo, y que el propio director les había ofrecido dejarlos entrar gratis a todos, además de darles una charla sobre no se qué de un bosque, todos lanzaron gritos de alegría y hasta le cantaron una porra a Zitelina, quien se puso colorada de la pena y la satisfacción.

Entonces dedicaron el resto de la tarde a organizar la excursión del próximo sábado al Museo. Lo primero fue inventar un pretexto para salir todos juntos, y al final acordaron decir a sus padres que iban a ir a la plaza comercial, que está al otro lado del parque, para jugar en las maquinitas de videojuegos, porque iba a resultar demasiado sospechoso que dijeran la verdad. Cuando Juan Carlos clausuró la sesión, todos estaban convencidos de que iban a ir a conocer el esqueleto de Judy.

Zitelina hubiese querido que la excursión del club al museo hubiese sido al menos tan ordenada como la de su colegio, pero las cosas no siempre salen como uno las espera.

Primero se juntaron todos en la plaza comercial, en el local de los videojuegos, por si alguna vecina los veía e iba con el chisme. De allí atravesaron a toda prisa el parque, donde siempre había alguna cuadrilla de hombres haciendo reparaciones, excavando en uno de los jardines, abriendo zanjas en las calzadas, o pintando los barandales del quiosco y

las bancas de fierro. Parecía que nunca iban a terminar de arreglar aquel parque. Los miembros del club caminaron apresurados y finalmente llegaron al pie de la escalinata del museo, iban a comenzar a subir cuando los detuvo un grito:

—¡Hey, chamacos!, ¿ónde andan?

Era Chore, o Chorejas, un joven mecánico que trabajaba en el taller de autos que estaba a un lado del edificio. Chore era un muchacho alto y fornido, con grandes orejas como su apelativo lo señalaba, su cara, sus manos y su ropa siempre llenas de grasa de los coches que reparaba. Era de carácter bonachón, alegre y muy platicador, por lo que el patrón seguido lo regañaba. Era atento y servicial, y siempre que podía auxiliaba a alguna viejita con la bolsa del mandado. Prefería platicar con los niños, porque sus compañeros del taller le hacían muchas burlas, y le ponían apodos. Todos los niños del barrio querían al Chore, y le gritaban cada vez que pasaban frente al taller, y él siempre interrumpía lo que estaba haciendo para responder los saludos. Habría sido un buen candidato para el Club del Tinaco, si no estuviera demasiado grande y trabajara todo el día, pero ciertamente era el adulto al que mayor confianza le podían tener los niños.

—¿Qué los trajo por acá? —volvió a preguntar, y se paró junto a ellos bajando al piso la pesada pieza de fierro que traía en el hombro. Luego

se llevó las manos a la espalda y se arqueó hacia atrás para descansar los músculos. Los miembros del club se quedaron petrificados. Luego, Chore volteó hacia el museo y exclamó:

—¿A poco van a entrar a esta hora al templo? Si ni siquiera es domingo. —Entonces, Juan Carlos se acercó a él con gesto misterioso.

—Chore, no le puedes decir a nadie que nos viste entrar al museo.

—¿Que no es una iglesia? —preguntó el mecánico, extrañado. Pau también se acercó y le dijo:

—Chore, tienes que prometernos que no le dirás a nadie que nos viste. Promételo, es un secreto.

—¿Y luego, por qué tanto misterio?

—Más tarde te contamos —respondió Juan Carlos—. Pero primero prométenos silencio.

—¡Tá bien, tá bien!, de esta boca no saldrá una méndiga palabra. Pero luego me tienen que contar su secreto, ¡Eh!, pa' que sea pareja la cosa. — Todos asintieron y Chore volvió a echarse el pesado fierro al hombro y se fue chiflando hacia el taller.

Entonces, los miembros del club subieron corriendo las escaleras y llegaron a la recepción. Zitelina preguntó por el director, lamentablemente el doctor Schwartz había salido a Guadalajara, pero la recepcionista, a pe-



sar de su cara de molestia, cumplió fielmente el encargo y les permitió el paso gratis a todos.

La visita al museo fue una experiencia maravillosa, pero para Zitelina fue algo parecido a un desastre. Ella pretendía ser la guía de sus amiguitos y llevarlos en orden a cada una de las salas, empezando por la de las piedras y el meteorito antiguo, pero desde que traspasaron la enorme puerta de entrada, comenzó la desbandada.

Pepito descubrió la sala de los grandes esqueletos y les llamó a gritos a los demás, todos entraron corriendo a verlos, pero Frida y Aldara, al ver aquellas enormes osamentas, se asustaron y se negaron a entrar. Entonces, Pau y Zitelina se las llevaron a ver las piedras de colores, mientras los niños miraban asombrados los esqueletos gigantes de caballos, camellos y el enorme caparazón de armadillo. Lo que cautivó a todos, por supuesto, fue el gran dinosaurio al centro de la sala. Fito seguía asegurando que se trataba de un Tiranosaurio rex, como los de las películas; Juan Carlos y Pepito, que habían leído el letrero, afirmaban que se trataba de un Patosaurio, extraña mezcla de pato y dinosaurio. Mito hacía un esqueleto tras otro con la plastilina que traía en las bolsas del pantalón.

Mientras tanto, Zitelina les explicaba con mucha solemnidad a las niñas que aquella piedra verde que miraban en la vitrina había caído del cielo, que se llamaba Moldavita y que era más antigua que el planeta



Tierra. Frida, Aldara y Pau escuchaban con gran respeto aquella explicación científica, pero ninguna de ellas lograba entender lo que quería significar.

Duraron toda la mañana en el museo, viendo tantas cosas: los cristales de colores como grandes joyas, las conchas de piedra de animales marinos, los cráneos y huesos oscuros como hechos de roca, los aparatos raros y antiguos. Corrieron por los pasillos, jugaron a las escondidas, asustaron a las pequeñas, es decir, hicieron lo que hacen los niños cuando no están los papás, y el cuidador del museo se la pasó dormido. Al final, ya cansados y sudados, Zitelina los condujo hasta la enorme sala principal, donde, rodeado de elegantes vitrinas, se erguía el esqueleto de la elefanta. Allí se quedaron todos en silencio, mirándola asombrados, y, sin darse cuenta, se fueron tomando de las manos con admiración y respeto.

Aquella noche, durante la merienda, Zitelina le contó emocionada a don Cuco la aventura del Club del Tinaco en el museo, todo lo que vieron e hicieron, y le habló del meteorito llamado Moldavita, y del gran final contemplando la gigantesca osamenta de Judy. Su papá la escuchaba con una sonrisa enternecida, mientras sopeaba una concha en la taza de chocolate. Al levantarse de la mesa le dio un beso en la frente y le dijo:



—Ay mi niña, yo no sé qué relajo te traes con ese museo que dices, con ese esqueleto y la famosa elefanta, pero espero que no te vayas a meter en dificultades. —Y ya para irse a preparar los medicamentos para el otro día, agregó:

—Pero esos del museo, que quién sabe qué clase de gentes serán, lo que deberían de hacer es dejarse de tonterías y enterrar todo ese montón de huesos.

Zitelina le pidió el beso de las buenas noches, y mientras lavaba los trastos se quedó pensando en las palabras de su padre. Ya en la cama y con la luz apagada, el asunto le seguía dando vueltas en la cabeza, y tal vez por asociación, le vino el recuerdo de las últimas vacaciones en la casa de su abuela.

La abuela materna vivía en un pueblo muy lejano, donde hacía mucho calor y había mosquitos que te picaban por las noches. Don Cuco y Zitelina tenían que viajar varias horas en un autobús para ir a pasar las vacaciones con ella, lo cual era muy cansado y aburrido. Pero al llegar a la vieja casa se olvidaba todo el cansancio, pues la abuela los esperaba con una gran jarra de agua de frutas y la comida más deliciosa que Zitelina lograba recordar, y que sólo ella sabía preparar.

Y además su jardín era enorme y lleno de plantas como una selva. Zitelina pasaba horas allí jugando a ser exploradora y cazar fieras salvajes. Pero



la última vez que fueron de vacaciones, ella descubrió en un rincón del jardín, a un lado del pozo, un montoncito de tierra que parecía hecho apenas unos días antes, y encima de él una tarjeta de cartón con un nombre. Intrigada, Zitelina corrió a la cocina donde la abuela preparaba ya el almuerzo, y le preguntó acerca de su descubrimiento, la abuela le respondió:

—Allí enterramos al Misifuso, mi pobrecito gato que se murió la semana pasada. Ya era muy viejo y apenas caminaba por las reumas, pero no sabes cuánta tristeza me dio, era mi única compañía.

—¿Y por qué lo enterraste?

—Ay mi niña —y dejando un momento el fogón para mirarla, le respondió—: los animales también son criaturas del señor, como nosotros, y merecen una cristiana sepultura.

En la oscuridad de su habitación, y a punto de caer en el sueño, Zitelina parecía estar escuchando las palabras de su abuela, y enredándolas en la madeja de los primeros sueños, le vino a surgir, como una pequeña lucecita, la más extraña idea que fuera posible tener; y fue que la pobrecita de Judy, la elefanta, que tanto sufrió y padeció antes de morir, merecía, como todos, una digna sepultura, para que su alma atribulada por fin pudiera descansar en paz.

Una cosa era que Zitelina convenciera a sus amiguitos de que era una terrible injusticia que la pobre Judy no hubiera recibido una sepultura

decorosa, como cualquier criatura del señor, y otra muy distinta que le tocara precisamente a los miembros del Club del Tinaco darle solución a tan escabroso asunto. Pero Zitelina tenía sus propias ideas, y después de la visita al museo todos en el club estaban muy motivados con el tema. Así que hubo una sesión donde, además del cobro de las cuotas atrasadas, la mayor parte de la tarde se dedicó a pensar de qué manera se podría extraer el enorme esqueleto del museo y dónde darle sepultura.

Las propuestas eran muy originales, pero poco prácticas en su mayoría; desde conseguir un helicóptero y extraer el esqueleto por el techo del museo, hasta ir robando los huesos uno a uno y sustituirlos por unos de plastilina que Mito con su habilidad podría reproducir, o de plano denunciar al museo a Derechos Humanos como proponía Pau, pero a esto se oponía Zitelina recordando lo generoso que había sido con ellos el director. Y así fueron aportando ideas como se les iban ocurriendo, las discutían y terminaban por desecharlas por difíciles de llevar a cabo. Hasta que la tarde fue muriendo y se comenzaron a escuchar los gritos de las mamás llamándolos a la merienda.

Y hasta allí hubiese llegado el asunto, pues incluso las siguientes sesiones del club se dedicaron a atender otros asuntos importantes, como el diseñar un escudo propio, mandar hacer unas camisetas, o si se debía invitar o no a Chavo al club como proponía Pau, para obligarlo a dejar un

rato su computadora. Pero a veces el destino guarda sorpresas, y una tarde, después de lavar los trastes y antes de ponerse a hacer su tarea, a Zitelina se le ocurrió darse una vuelta por el museo. Llegó hasta la recepción, donde las dos señoritas continuaban charlando animadamente, pero esta vez, al advertir la presencia de la pequeña, se apresuraron a preguntarle qué se le ofrecía, y una de ellas incluso le informó:

—El señor director está en la sala principal, trabajando en el esqueleto del mamut.

Esto llamó la atención de Zitelina, que pidió le permitieran entrar, ellas, por supuesto, le dijeron que adelante y no se atrevieron a cobrarle la entrada, siendo como era, amiga del director. Zitelina dio las gracias y corrió hasta el interior, para encontrar que la sala principal estaba hecha un verdadero desorden; había un buen número de hombres trabajando, cajas, periódicos, plásticos de envolver y cinta adhesiva en grandes rollos, un gran andamio desde el cual otros hombres se hallaban desmontando con gran cuidado los huesos del esqueleto de Judy. Zitelina no podía creer lo que estaba mirando. En una esquina, donde otros trabajadores estaban cubriendo con papel periódico y plástico las elegantes vitrinas, se hallaba el director dando órdenes a todos con grandes voces. Al ver entrar a la niña, se acercó apresuradamente haciendo señas de precaución.



—¡Atrás, Zitelina, atrás! Que ésta es una maniobra muy peligrosa — le gritó con su acento un poco raro.

—¿Pero qué están haciendo? —le preguntó casi como regaño la niña. El director la tomó de la mano y la hizo retroceder unos pasos—. ¿Por qué se están llevando a Judy? —exclamó alarmada Zitelina.

—Es algo temporal, no te preocupes —le respondió el doctor Schwartz, conmovido por su preocupación—. Lo vamos a mandar por unas semanas a Guadalajara. ¿Recuerdas al profesor que vino el primer día que nos visitaste? —la niña asintió—. Pues están por abrir un museo de ciencias allá, y nos han pedido prestado el esqueleto del mamut, o la elefanta, como tú le llamas, para juntarlo con otros tres que tienen en aquella ciudad para la exhibición inaugural. A mí en lo particular no me agrada la idea, por los daños que pudiera sufrir nuestro esqueleto. Pero son órdenes del rector, y no podemos hacer nada al respecto —concluyó alzando la mirada hacia el techo y levantando las manos con resignación.

—¿Y cómo se lo van a llevar? —se apresuró a preguntar Zitelina.

—Están desmontando cada uno de los huesos, los vamos a envolver con mucho cuidado y los pondremos en una gran caja de madera que ya tenemos en el patio, después vendrá un camión por ella y la llevará con gran cuidado, espero, hasta Guadalajara. En tres meses a más tardar la

tendremos de regreso, al menos es lo que dijeron. Ahora estamos viendo con qué vamos a llenar la sala mientras tanto —pensaba para sí el director, pero Zitelina tenía sus propios pensamientos:

—¿Y esa caja grande es como un ataúd? —el director pegó un par de gritos a un trabajador para corregirlo, y volteó a mirarla extrañado:

—Pues en cierto modo sí lo es, ¿por qué la pregunta? —Y de inmediato volvió a regañar a sus empleados.

—No, por nada —respondió Zitelina, como evadiéndose— ¿Y cuándo se lo van a llevar?

—Pues al paso que llevamos y con la torpeza de mis asistentes, no creo que antes de una semana. Te noto muy interesada en el tema —Zitelina hizo como que no escuchaba y volteó a ver la maniobra de los hombres que batallaban con los pesados huesos, de pronto exclamó—: Perdón, pero ya me tengo que ir. —Y sin más salió corriendo del museo. El doctor Schwartz se rascó la calva intrigado, sin duda, aquella era una niña muy especial, pero la complicada maniobra volvió a atrapar su atención, por lo que regresó a los gritos y los aspavientos contra sus empleados.

Lo que hizo Zitelina fue volver corriendo al edificio, para alcanzar todavía la sesión del Club del Tinaco. Llegó agitada por la carrera, la subida de las escaleras y su propio peso. Todos estaban asombrados por

su repentina llegada, pero tuvieron que esperar a que recuperara la respiración para que pudiera explicarles lo que acababa de descubrir en el museo. Con voz entrecortada comenzó a contarles que se le había ocurrido ir al museo, y como encontró al director y a muchos trabajadores desmontando el esqueleto de Judy para meterlo en un ataúd y mandarlo a Guadalajara. Y de cómo, en ese momento, se le había ocurrido que era una oportunidad de oro para robarse el ataúd y darle cristiana sepultura. Todos gritaron entusiasmados, pero Juan Carlos los volvió a la realidad:

—Y ¿cómo vamos a mover una caja de ese tamaño?, y ¿dónde la vamos a enterrar?— Todos se quedaron mirándose, y el silencio volvió a reinar bajo el tinaco. Algunos aventuraron alguna propuesta, a cual más descabellada. Pero de pronto Beto gritó:

—¡Ya sé!, al otro lado de la Alameda abrieron un agujero enorme para cambiar unos tubos de agua, a lo mejor allí puede caber el ataúd de Judy.

—¡Pues vamos a verlo! —propuso Pepito— ¡Sí! —exclamaron todos.

—Momento —ordenó Juan Carlos—. Si vamos todos nos van a ver sospechosos, hay que nombrar una comisión.

—Vayamos los más grandes —propuso Pau—: Juan Carlos, Pepito, Zitelina y yo. Los demás espérenos aquí. —Todos estuvieron de acuerdo y la comisión salió corriendo para la vecina Alameda. Zitelina propuso

que antes pasaran a asomarse al patio del museo, para ver el tamaño de la caja de Judy, y así estar seguros de que cabría en el agujero.

Cuando la comisión volvió, con la buena noticia de que el agujero abierto en la Alameda era suficientemente grande, los demás miembros del club estaban tan enfadados que ya no querían saber de elefantes y agujeros, e incluso la pequeña Aldara se había quedado dormida. Juan Carlos tuvo que hacer uso de su autoridad para que todos volvieran a interesarse en el asunto.

—Lo primero que necesitamos es un plan —exclamó muy ufano.

—Y sólo tenemos una semana para lograrlo —recordó Zitelina.

—Pero, ¿cómo vamos a mover una caja tan grande para atravesar todo el parque con ella? —cuestionó Pau apesumbrada—. Y además, ¿cómo vamos a enterrarla en el agujero sin que los señores del agua se den cuenta?

—Tenemos que ir por pasos —propuso Pepito—. Una cosa primero y luego la otra.

—Tiene razón —apoyó Juan Carlos—. Lo primero es pensar cómo podemos sacar la caja del patio del museo sin que nadie se dé cuenta.

—Podemos usar un helicóptero, como en las películas —exclamó Fito.

—O robarnos el camión que viene de Guadalajara —aventuró Frida.

—Podríamos jalarla con un caballo —añadió Beto.

—¿Y de dónde vamos a sacar un caballo?, no seas menso —le regañó Juan Carlos, pero luego tuvo que confesar que tampoco él tenía una mejor idea, y así se enredaron en una discusión, hasta que, por cansancio todos se quedaron callados. Entonces se escuchó la voz adormilada de la pequeña Aldara, desde el rincón:

—Pues pídanle al Chore la grúa del taller.

Todos en coro aplaudieron la propuesta, porque incluso, como señaló Pau, el Chore, que era muy buen cuate, podría hacerse pasar por el chofer que venía de Guadalajara. Nada más había que saber el día que todos los huesos de Judy estuvieran ya en la caja, y el día que vendría el verdadero transporte de Guadalajara, para poder adelantarse. El otro problema era cuándo iban a terminar las reparaciones de la tubería en la Alameda, y la fecha en que los trabajadores pensaban tapar el agujero. Era una oportunidad única y todo tenía que funcionar como reloj, así lo dijo Juan Carlos. Todos estaban emocionados, se sentían en una aventura como las que se ven en las pantallas de los cines, y no en la vida común de los niños. Se sentían espías, agentes secretos, o miembros de una agencia internacional, cualquier cosa que eso quisiera decir.

Entonces se designaron comisiones: Zitelina se encargaría de averiguar la fecha en que llegaría el camión de Guadalajara; Juan Carlos y

Pau de hablar con el Chore y convencerlo de hacer la delicada maniobra; Pepito y Beto se encargarían de preguntarle a los señores de la obra cuándo tapanían el agujero, y todos conseguirían palas para cubrir la caja en cuanto el Chore la depositara con la grúa. El plan parecía perfecto, y justo a tiempo, porque ya se empezaban a escuchar los gritos de las mamás llamándolos.



“Aporten la visión”

Por esos días, el Club del Tinaco se hallaba en sesión permanente, salvo por algunas interrupciones para ir a la escuela, comer, hacer los deberes, traer mandados, uno que otro castigo y en las noches ir a merendar y a dormir a casa. Cada día llegaban nuevas noticias; el lunes se supo que el camión de Guadalajara llegaría el siguiente sábado por el esqueleto de Judy; el martes Pau y Juan Carlos lograron convencer al Chore de que la noche del viernes sacara la grúa del taller para mover una pesada caja y enterrarla al otro lado del parque, pero no le dieron ningún detalle, para no arruinar el plan. Les costó trabajo, pero al final el Chore terminó por aceptar, después de todo era buen camarada, y el favor se lo estaban pidiendo sus amiguitos del edificio.

Lo más angustiante fue esperar hasta el miércoles para que Beto y Pepito averiguaran que las obras las terminarían el mismo viernes, pero como los encargados eran del Departamento de Aguas, el agujero quedaría abierto hasta el lunes que llegaran los del Departamento de Jardinería a taparlo. La cosa no podía ir mejor para el Club del Tinaco, y se decidió que ese mismo viernes, en cuanto Chore se retirara con la grúa,

ellos celebrarían el funeral de Judy. Por supuesto que Zitelina quedó encargada de organizar la ceremonia.

Todas esas noches, después de alzar los trastos de la merienda y pedir a don Cuco la bendición, Zitelina se pasaba mucho rato despierta, rumiando el plan. Ella estaba convencida de que, al igual que el querido gato de su abuelita, la pobre elefanta merecía una digna sepultura, en eso no había duda alguna. Lo otro era que, aunque nadie del Club había estado nunca en un funeral, por las películas sabían que siempre había un padre que leía oraciones de un libro. Pero aún siendo criatura del señor, Judy no era una persona, sino una elefanta, y no era correcto que a su funeral acudiera un sacerdote, ni que se rezara ninguna oración. Entonces había que hacer un discurso de despedida, de cariño, para pedirle perdón a nombre de toda la colonia, y sobre todo deseándole que por fin descansara en paz. Esas certezas iban reafirmandose cada noche en la mente de Zitelina. Sólo una cosa empañaba su ánimo, y era el pensar que, al sustraer a escondidas el esqueleto del museo, estaba haciendo un acto de justicia elemental, pero también le causaría un grave perjuicio al director del museo, que tan amable había sido con ella. Ese remordimiento era el que más inquietud le causaba y menos le dejaba dormir.

Mientras tanto, el plan seguía su marcha. Los del club consiguieron tres palas, un rastrillo de jardín, dos cepillos de tallar y varias cubetas de playa.

Después inventaron un pretexto para estar todos juntos en la Alameda, de las seis de la tarde a las ocho de la noche del viernes. Se les ocurrió contar que era cumpleaños de Ponchito, un niño que vivía al otro lado de la Alameda y que de vez en cuando iba a jugar al edificio, así no habría mayor sospecha por parte de los papás. A Chore iban a decirle que la caja contenía residuos radiactivos de un meteorito, y que el director del museo, a través de Zitelina, le pedía el gran favor de enterrarla en el agujero del parque.

La noche del jueves, don Cuco notó a su pequeña hija inquieta y distraída. Pusieron la mesa como siempre y él sacó el pan dulce que traía en la bolsa, pero ella no mostró el entusiasmo de siempre al ver las conchas, las chidrinas, los cuernitos y las semitas. Don Cuco se le quedó viendo y le dijo:

—A ti te pasa algo, chamaca —Zitelina reaccionó espantada, como si su papá le estuviera leyendo la mente.

—No pa, estoy bien. —Don Cuco le frotó la cabeza, luego le tocó la mejilla y con el dorso de la mano le tocó el cuello.

—Parece que te quiere dar calentura, te voy a dar medicina —Zitelina se tocó la frente y la sintió sudorosa.

—No es nada, mañana se me quita.

—Pues vamos a ver —dijo su padre—. Por lo pronto ahorita mismo empiezas a tomarte tus chochos. —Y diciendo esto se levantó para ir al cuarto de los medicamentos.

Cuando regresó con la medicina, recordó algo y le comentó:

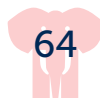
—Ahorita que venía llegando me dijo Juanita la portera que la señora, la dueña del edificio, le pidió que buscara quién se lleve su tanque de gas viejo, porque le está dañando su azotea. Ya lo quitaron y lo envolvieron en unos cartones, pero se necesita una grúa que lo baje.

—Como la grúa de Chore, el del taller —respondió Zitelina sin pensarlo. Luego se tapó la boca, arrepentida.

—Tienes razón —dijo don Cuco—. No se me había ocurrido. Le voy a decir a Juanita.

Esa noche cenaron en silencio, mientras veían una película en la televisión. La historia era de un submarino que tenía que entrar bajo los hielos del ártico para rescatar una cápsula radioactiva, pero en el último minuto una avería mecánica los obligaba a regresar sin alcanzar el objetivo: “¡aborten la misión!, ¡aborten la misión!”, gritaba el capitán desesperado, a los maquinistas para que dieran marcha atrás antes de que fuera demasiado tarde.

Ya para dormir don Cuco arropó a Zitelina y le puso el termómetro: —37.5—, exclamó. —Si te sube más mañana no podrás ir a la escuela—. Pero Zitelina no le estaba poniendo atención, tenía otras preocupaciones en la cabeza. Estaba distraída repasando el plan para rescatar el ataúd de Judy y darle sepultura, tal como ella misma lo había propuesto a sus amiguitos. Pero seguía pesando en ella la imagen del doctor Schwartz y la traición que le



estaba cometiendo. En su inquieto sueño se mezclaban sin sentido elefantes, submarinos, esqueletos, directores, grúas y niños corriendo por todas partes.

Al otro día en el salón de clases, Ziteline seguía inquieta, y ponía poca atención a las multiplicaciones que la maestra pintaba una tras otra sobre el pizarrón. Afortunadamente su compañerita de banca llevaba dos días sin asistir a la escuela, así que Ziteline podía recostarse a sus anchas sobre el pupitre y perderse en sus ensoñaciones. Pero cuando la maestra explicó que su compañerita estaba muy enferma y pidió a todo el salón que rezaran por su salud, Ziteline recordó que tres días antes la niña había estado con muchos mocos y los ojos enrojecidos, estornudando y tosiendo todo el día a su lado, e incluso dejaba los pañuelos usados encima del mesabanco, y eso a ella le daba mucho asco. El resto de la jornada escolar transcurrió para Ziteline como un sueño, del que no recordaba mayor cosa, y al final lo único que tenía en claro era su necesidad urgente de pasar al museo a buscar al director. Incluso lo hizo antes de llegar a casa y preparar la mesa para la comida.

Llegó corriendo hasta el mostrador de la entrada, y no alcanzó a preguntar a las recepcionistas por el director, porque una de ellas, al verla, le señaló con el dedo hacia el interior del museo. La sala principal se veía enorme sin el esqueleto de Judy, y a Ziteline le dio mucha tristeza verla así. Luego escuchó voces en la sala de los dinosaurios y hacia allá se dirigió. El doctor Schwartz se hallaba rodeado de sus asistentes, observando

cada uno de los esqueletos, valorando si se iban a ir o no a la sala principal. Al verla llegar, le dijo con alegría:

—Mi querida Zitelina, ¿qué vientos te traen por aquí? —La niña se hallaba en un verdadero predicamento, dudando si debía o no confesarle al director la conspiración del club, con lo cual traicionaría a sus amiguitos, o quedarse callada y ponerlo a él en un serio aprieto.

—Es que hoy se van a llevar a Judy... —empezó a decir.

—Mañana, pequeña, a Guadalajara, pero ya te dije que no debes preocuparte. Nos la tienen que devolver, y si no, iremos por ella, te lo aseguro.

—Pero es que nosotros queremos darle sepultura, como al gato de mi abuelita. —Al escucharla, el doctor Schwartz le hizo una seña a sus asistentes para que descansaran, y acercó su gran barba y su inevitable pipa al rostro de la niña:

—Vamos a ver, hija mía, llevamos ya mucho rato con esa historia de July.

—Judy —se apresuró a corregirle Zitelina.

—Bueno, la Judy esa. ¿Pero a qué viene todo ese cuento con el esqueleto del mamut?

—Pues es que Judy escapó de la estación del tren... —le comenzó a explicar la niña, y le costaba esfuerzo juntar las palabras— e hizo muchos destrozos en la colonia... y tuvieron que matarla en la gasolinera de aquí junto... y su retrato está pintado en la pared...

—No acabo de entender —decía preocupado el director. Pero uno de sus empleados más viejos le aclaró:

—Eso fue en los años cincuentas, no ocurrió como ella lo platica, pero al final tuvieron que matar a la elefanta, y desde entonces los vecinos tienen una imagen pintada en su pared.

—Y eso ¿qué tiene que ver con el museo?

—¡Pues que el esqueleto que estaba en la sala es el de Judy! —le aclaró Zitelina indignada.

—¡Ay Zitelina!, ¡ay Zitelina!! —exclamó el doctor Schwartz llevándose las manos a la cabeza—. Y tú lo has creído así todo este tiempo.— La niña lo miraba sin entender, y de pronto sintió que comenzaba a sentirse mareada.

—Pero no es así como funciona. El tiempo de tu elefanta y el de nuestro mamut son muy diferentes. Hay miles, decenas de miles de años de diferencia. —Pero al ver que ella no captaba lo que le decía, buscó un ejemplo que le sirviera:

—¿Cuántos años tienes tú?

—Nueve.

—¿Y cuántos años tiene tu padre?

—¡Uy! —dijo Zitelina—. Ya está viejito. Tiene más de cincuenta. —El doctor Schwartz tosió al escucharla:

—Bueno, yo diría que es un hombre bastante joven todavía. Pero en fin, supón que tu elefanta tiene tu edad, y que nuestro mamut tiene la de tu papá, ¿son iguales? —Ella negó con la cabeza—. Pues así son los tiempos de la evolución, los mamuts desaparecieron miles de años antes de que hubiera casas en esta colonia, y mucho menos estación del tren. ¿Comprendes ahora?

El cerebro de Zitelina comenzaba a entender que todo había sido una gran confusión, pero al mismo tiempo todo empezaba a hacerse difuso para ella, los veía borrosos a todos y escuchaba como a lo lejos al director.

—Debo avisar a los del club, debo avisar a los del club —repetía una y otra vez, cuando el director se acercó a tocarle la frente y descubrió que estaba ardiendo en calentura.

—Esta pobre pequeña está enferma —y llamando con la mano a su secretaria, le ordenó—: Hay que llevarla de inmediato a su casa, entiendo que vive en la siguiente cuadra, y avisen de inmediato a su familia —Zitelina alcanzó a dar el domicilio del edificio, Ciprés 192, y los asistentes del director la llevaron en ese instante. Don Cuco comenzaba a preocuparse de no haber encontrado a Zitelina en casa, cuando sonó la puerta, y unas personas que lo saludaron en nombre del director del museo, le entregaron a su hija con muy alta temperatura.

Don Cuco llamó al sitio de taxis, envolvió a Zitelina en una frazada y salió con ella rumbo al hospital. Aún dentro de su fiebre, la niña se repetía

una y otra vez que era urgente avisarles a sus amiguitos que suspendieran el plan, pero no tenía fuerzas para explicarle a su angustiado padre. Mientras aguardaban en la banqueta la llegada del taxi, acertó a pasar por allí la pequeña Aldara, que venía de comprar crema en el estanco.

—¿Estás enferma? —le preguntó a Ziteline al verla sonrojada, bañada en sudor y sostenida por su papá. Ziteline apenas alcanzó a susurrarle estas palabras:

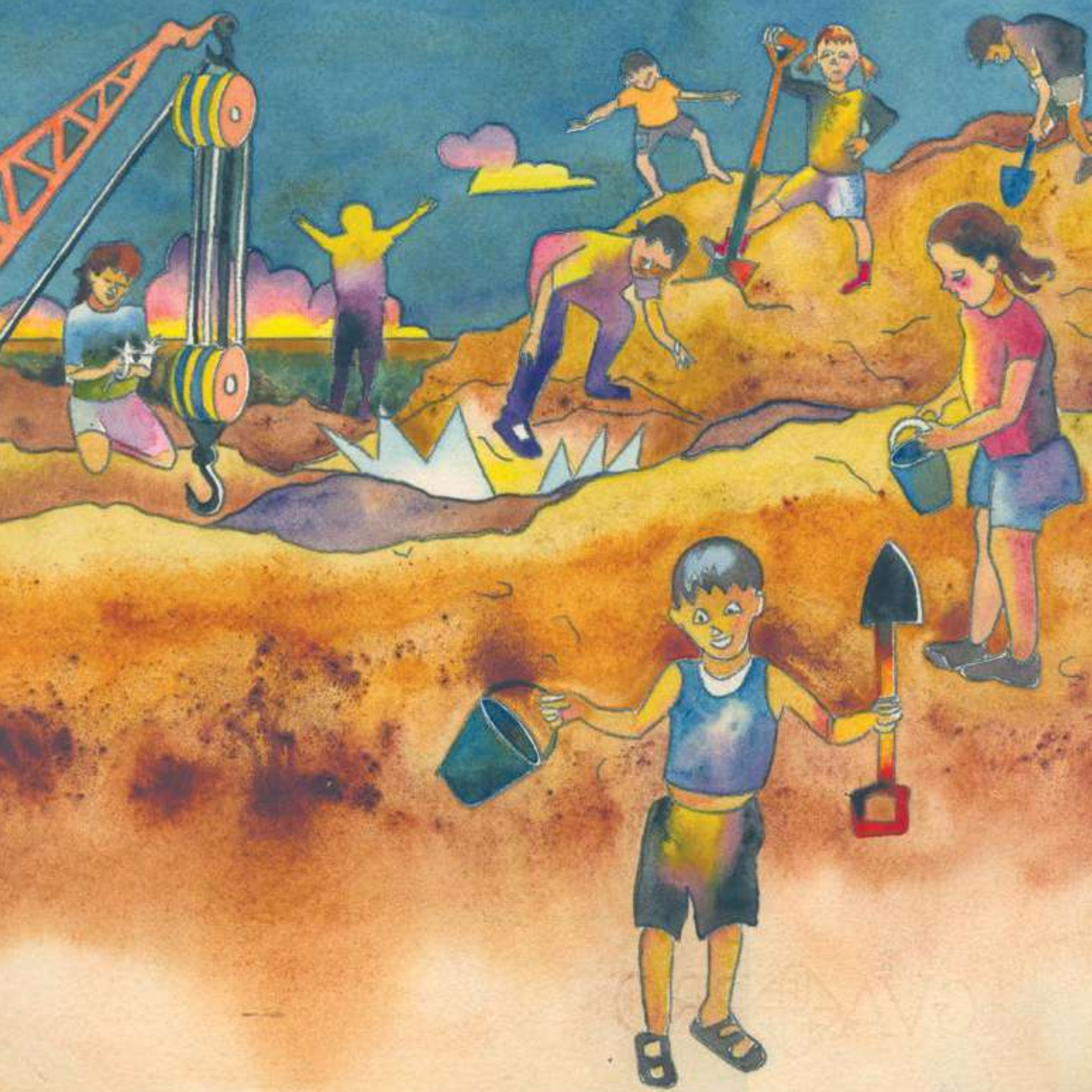
—Aborten la misión, por favor dile a Juan Carlos que aborten la misión. —En eso llegó el taxi, su papá la subió y se fueron al sanatorio.

Antes de llegar a su casa, la pequeña Aldara tuvo el tino de tocar en la puerta de Juanita, la portera, y preguntar por Juan Carlos, que ya estaba en los últimos preparativos del esperado plan.

—Ziteline se puso mala y su papá se la acaba de llevar al hospital. Y te dejó un recado: que “aporten la visión”, o algo así.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Juan Carlos. Aldarita nomás alzó los hombros y se fue dando brincos a su casa.

A las cinco de la tarde se reunieron todos, menos Ziteline, en el Club del Tinaco.



Un extraño funeral

En el primer momento hubo una tremenda confusión. Como Zitelina sólo vivía con su papá y los dos se habían ido al sanatorio, no había manera de saber lo que le había ocurrido, sólo tenían lo dicho por Aldara, y el extraño mensaje que le dejó a Juan Carlos: “aporten la visión”, que sonaba como una contraseña secreta, pero nadie sabía para qué. Algunos pensaban que faltando Zitelina lo mejor era olvidarse del plan, pero Pau y Juan Carlos se mantuvieron firmes en que, por lo contrario, ahora más que nunca el club tenía el deber de cumplir el deseo de Zitelina, y darle sepultura a Judy, sólo había que organizarse de forma diferente. A Pau le tocó improvisar el discurso del funeral, y Pepito y Beto fueron encargados de lo más difícil: explicarle a Chore que debía llegar con la grúa a las 7 y media al patio del museo, y lo más importante, que tenía que decir que venía desde Guadalajara para recoger la caja. Mientras tanto, Juan Carlos y los pequeños se encargarían de ir sacando a escondidas las herramientas para llevarlas a La Alameda. La buena noticia fue que a los cinco minutos regresaron Pepito y Beto muy contentos, porque el Chore les dijo que no se preocuparan

de nada, que ya el papá de Zitelina le había explicado dónde tenía que recoger la caja, y les agradeció que le dijeran donde tenía que depositarla.

Ahora todo era mucho más sencillo. Lo primero que ordenó Juan Carlos fue que llevaran la herramienta y la escondieran entre la tierra que rodeaba al gran agujero, luego todos se irían a sus casas a lavarse para ir a la fingida fiesta de Ponchito, y más tarde esperarían en la Alameda a que llegara Chore con la caja de Judy. Por un largo rato todos se aburririeron de esperar, finalmente, faltando veinte minutos para las ocho, llegó la grúa del Chore llevando la pesada caja. Con gran cuidado la depositó en el fondo del agujero y se despidió de ellos agitando la mano por la ventanilla, cuando ya casi anochecía. Luego todos se pusieron manos a la obra para tapar con tierra la gran caja, la maniobra se facilitó porque la misma grúa había aventado mucha tierra cuando patinó las llantas para salir. De todos modos sudaron buen rato, y varios vestidos de fiesta quedaron muy maltrechos y sucios. Ya era noche cuando Juan Carlos, después de aluzar con su lámpara el fondo y verificar que la caja ya no se viera, dio la orden de suspender la maniobra. Entonces todos sacudieron sus ropas y se acercaron a tomarse las manos como se los pedía Pau, quien sacó una hoja del bolsillo de su pantalón y les leyó un breve pero sentido mensaje, que alcanzó a escribir para despedir a Judy la elefanta.

Todos lloraron y hubo que consolar a los más pequeños. Luego se fueron corriendo, a cada uno le esperaba un regaño seguro al volver a casa.

Al día siguiente se enteraron que Zitelina estaba hospitalizada con un ataque de “influencia” que le había contagiado una compañerita del colegio, y que si bien no estaba delicada, iba a tardar varios días en regresar a su casa, y muchos más en volver a salir a jugar.

Pero nuevos sucesos vinieron a cambiar la historia del club. Resulta que una mañana, mientras los niños estaban en la escuela, a una mamá se le ocurrió buscar en el clóset la colcha de encajes y olanes que su tía le regaló al casarse, y se llevó la sorpresa de no encontrarla. Inútil fue buscarla por toda la casa. Entonces fue a comentar el terrible hurto con una vecina, y resultó que a ella también le habían robado hacía unas semanas un tapete y una lámpara. Ante tan preocupantes hurtos, ambas fueron a interrogar a otras vecinas, incluyendo a Juanita la portera, y pronto se armó una animada e indignada asamblea. Ya estaban todas decididas a ir a ver a la Señora, la dueña del edificio, para pedir la intervención de la policía, cuando una de ellas recordó que hacía unos días le pareció ver, colgada bajo un tinaco, al fondo de la azotea, una colcha de encajes como la que había desaparecido del clóset de la primera vecina. Los hijos estaban en el colegio y los maridos en el trabajo, así que decidieron ir todas juntas a inspeccionar ese tinaco.

La gran sorpresa fue descubrir un auténtico bazar debajo del mismo, en el cual cada una de ellas fue descubriendo algún objeto, prenda, cojín o banquito que hacía semanas extrañaba en su hogar. Con una furia que anticipaba graves tormentas, las señoras se dieron a la tarea de recuperar sus queridas pertenencias, y en cosa de unos minutos quedó desmantelado para siempre el Club del Tinaco.

El regreso de la escuela fue particularmente funesto para los niños del edificio, los regaños, las nalgadas, los castigos, y por encima de todo la prohibición de subir a la azotea, terminaron por erradicar el último vestigio del club, y pasaron varios días para que siquiera se juntaran de nuevo en el tercer patio para jugar.

Mientras tanto regresó Zitelina a casa, y estuvo encamada recuperándose de la grave enfermedad. Ya nadie hablaba del esqueleto de Judy en el edificio.



Un mausoleo para Judy

Pasaron muchos días, o tal vez semanas, hasta que en una tarde soleada, Zitelina decidió darse una vuelta por el museo. Se encontró a un joven recepcionista en el mostrador, y le preguntó por el director.

—El doctor Schwartz está arriba en su oficina —le informó el muchacho. Entonces ella subió corriendo las escaleras para buscarlo. El joven apenas alcanzó a gritar—: ¡Niña, por Dios. No está permitido subir a las oficinas! —Pero era tarde, porque ella ya iba llegando arriba. La secretaria la saludó y le preguntó por su salud, enseguida la anunció con el director.

—Mi querida Zitelina, no sabes cuánto me alegra verte —le dijo el doctor Schwartz—. No imaginas el susto que nos has metido, chamaca. Pero ven, que quiero mostrarte algo. —Y tomándola de la mano bajó con ella la escalera y la condujo hasta la sala principal, ante el azoro del recepcionista.

—¡Mira, nuestra Judy ha regresado sana y salva de su aventura tapatía! —Zitelina se sentía agradecida de que todo hubiese salido bien, y con gran emoción le apretó la mano:

—Gracias a ti nuestro mamut ya tiene un nombre, Judy se llamará de aquí en adelante. Y tú puedes venir a visitarla tantas veces como gustes, y tus amiguitos podrán venir, pero sólo entrarán sin pago los más pequeños —le dijo guiñándole un ojo.

—Pero quiero confesarle que los miembros del club queríamos enterrar a Judy —le dijo muy apenada—. Y planeábamos robarnos el ataúd. —El director se la quedó mirando como si ella fuera un nuevo fósil, raro y desconocido, que debía estudiar.

—¿Y para qué querrían hacer semejante cosa?

—Es que mi abuelita dice que los animalitos son criaturas del Señor, como nosotros, que también merecen una sepultura, y la pobre Judy sufrió tanto antes de morir. —El doctor Schwartz se llevó la mano a la barba, exhaló humo con su pipa y le dijo:

—Bueno, tomando en cuenta que Judy ciertamente fue todo un personaje, bien podríamos considerar éste como su mausoleo. —Zitelina volteó a mirarlo sin entender.

—Mausoleo —le explicó divertido— es como un gran templo donde se entierra a gente importante, como el Taj Mahal, Alicanarso —y al ver la cara de Zitelina se detuvo—. Bueno, mausoleo, museo, podríamos considerarlos semejantes. Es decir que aquí tu Judy quedará depositada, aunque no enterrada, con mucho honor y gran respeto de todos nosotros.

Entonces Zitelina le dio un abrazo a la altura de la barriga y salió corriendo. Emocionado, el director aventaba más humo por su pipa. La niña se detuvo en la puerta para decirle adiós con la mano.

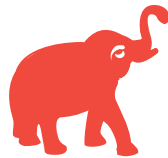
—Ven cuando quieras, te puedo platicar acerca del bosque mesófilo de montaña —le dijo agitando su mano mientras la veía desaparecer por la gran escalinata.

Años después, durante una remodelación del parque de La Alameda, una cuadrilla de trabajadores que escarbaba profundo para reparar el drenaje, descubrió enterrado, envuelto en unos cartones ya podridos, un viejo y oxidado tanque de gas.

FIN

Luma, Nuevo Vallarta, enero 24 del 2015
Cumpleaños 87 del doctor





El esqueleto de Judy

se terminó de editar en mayo de 2015 en las oficinas de la Editorial Universitaria,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657, Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin Caldera
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
Diseño y diagramación

